

# Tareas de Hillary y legado de Trump

Las elecciones presidenciales estadounidenses se celebran el próximo 8 de noviembre. Las encuestas y los mercados preanuncian la victoria de Hillary Clinton por sobre Donald Trump. La elección del nuevo presidente no es lo único que está en juego. También se celebran elecciones legislativas para renovar la Cámara de Diputados y un tercio de la Cámara de Senadores.

El dato es relevante porque en el sistema norteamericano los cambios reales y duraderos respecto a impuestos, presupuesto, nombramientos de altos funcionarios y, en menor medida, la política comercial, requieren de la aprobación del Congreso.

Lo más probable es que el partido que gane la Casa Blanca también consiga la mayoría en el Senado -lo que abre la posibilidad de llenar vacantes en la Corte Suprema- y permitiría a los demócratas impulsar temas controvertidos de regulación energética y de ley de familia.

Respecto a la Cámara de Diputados, los sondeos indican que es probable que los republicanos conserven su mayoría, lo que les permitiría bloquear o como mínimo participar activamente en el diseño de las nuevas leyes en temas fiscales y de política comercial.

La política norteamericana de los próximos cuatro años estará condicionada no solo por el probable equilibrio político institucional sino también por el legado de Trump. Donald Trump despertó un deseo de cambio en vastos segmentos de la sociedad norteamericana (incluso entre muchos votantes de Hillary). La agenda de cambio encontró sus fundamentos emocionales en un malestar profundo sobre desafíos importantes que Washington no quiso, o no supo, enfrentar durante años. Primero, la inmigración ilegal (se estiman 12 millones de indocumentados) y sus consecuencias sociales y económicas, así como la fragilidad de los sistemas de control transfronterizos entre México y los Estados Unidos. Segundo, las consecuencias negativas para los ahorristas dadas las bajas tasas de interés que perduran desde la crisis financiera del 2008 y la opinión de muchos norteamericanos de que el salvataje de los bancos se hizo sin que los verdaderos responsables (funcionarios y grandes banqueros) pagaran sus culpas.

Tercero, la relocalización por parte de grandes empresas multinacionales de fábricas y empleos a China y otros países emergentes durante los últimos 30 años. En los EE.UU., el empleo industrial se redujo más de un 60% y creó huecos de marginalidad en regiones que fueron prósperas. Esto generó la percepción de que los acuerdos comerciales beneficiaron más a las grandes empresas y a los países que recibieron las inversiones que al norteamericano medio, cuyo nivel de vida se ha estancado.

¿Qué podemos esperar del nuevo gobierno en el campo de la economía, el comercio y la política internacional? En el campo económico la nueva administración contribuirá a sostener el crecimiento de la economía internacional. En un mundo donde la política monetaria convencional está limitada por las bajísimas tasas de interés, se privilegiará el estímulo fiscal orientado a la inversión en infraestructura, investigación y educación. Se incentivará a los demás países, en el

marco del G20, a incrementar el gasto fiscal con la esperanza que genere un “efecto derrame” a nivel global que favorezca el crecimiento norteamericano.

Probablemente el Congreso apoye estas iniciativas porque el déficit fiscal se redujo del 9.8% del PBI en el 2009 a solo el 2,5% en el 2015 y porque la negociación sobre la distribución geográfica de los proyectos de infraestructura abre la puerta a transacciones con la oposición.

En el campo de la política comercial ambos candidatos prometieron un incremento del proteccionismo. No creo que se concreten los dos grandes acuerdos regionales impulsados por Obama y en proceso de negociación, el acuerdo transpacífico y el transatlántico (con Europa) y es probable que el NAFTA (con México y Canadá) se renegocie.

Además, el próximo presidente aumentará la presión sobre China y otros países emergentes a través de medidas (arancelarias y para arancelarias) de defensa comercial. Las consecuencias serán un freno a las importaciones, inclusive algunas de nuestro país, y un incremento de los conflictos (pero una guerra comercial me parece un escenario extremo y poco probable).

En temas de política internacional, los Estados Unidos siguen siendo el país más poderoso del mundo. Pero ya no es hegemónico y la nueva administración enfrenta el desafío de adaptarse a una nueva realidad donde está creciendo la importancia relativa de China, la India, Rusia y otros países.

Las oportunidades de una mayor cooperación con la Argentina y el resto del Mercosur existen, pero estarán limitadas por las tendencias proteccionistas que limitarán la libertad de acción de la diplomacia norteamericana.

Durante los próximos cuatro años, los Estados Unidos tendrán que enfrentar las expectativas y pasiones que desató la candidatura de Trump. Se trata de transformar desde adentro el modelo capitalista y reformar la arquitectura global para que incorpore más efectivamente los intereses y las ambiciones de los países y sectores excluidos. No será tarea fácil.